



CICLOS ECONÓMICOS: PROSPERIDAD Y DEPRESIÓN

David M. Rivas

Universidad Autónoma de Madrid

Resumen

La economía dentro del sistema capitalista, o fuera de él, evoluciona siguiendo ciclos. De forma que a las fases de auge y expansión les siguen otras de crisis y recesión. Así las cosas, tras la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial (1929/1945), el modelo de desarrollo capitalista conoció una fuerte expansión, que empezó a alterarse en la década de 1970 con las dos grandes crisis energéticas (1973, 1979). Si bien es verdad que los esquemas keynesianos más o menos decididos, hicieron posible que no se repitiera la catástrofe de la década de 1930. En la actualidad la recesión llama a las puertas de los países desarrollados, particularmente de la Unión Europea –con su moneda común, el euro–, cuyo modelo de desarrollo tendrá en el futuro características muy diferentes al actual. Nada volverá a ser igual, y frente a una economía globalizada de grandes turbulencias, los expertos apuntan la necesidad de una estructura de gobierno económico mundial para las grandes decisiones: uno de los grandes retos del tiempo venidero.

Abstract

The economy, capitalist or not, has evolved through successive cycles, so that the periods of prosperity and expansion are followed by others of crisis and recession. In that sense, after the Great Depression (GD) and the Second World War (1929/1945), the capitalist model knew a very strong expansion. But those prosperous times ended along the seventies, because of the two big energy shocks (1973, 1979). So that only thanks to a variety of keynesian tools it was possible to prevent a new catastrophe as the GD. At present, the recession knocks on developed countries doors, particularly in the European Union (with its common currency, Euro), and as a consequence, the traditional model will change to a new profile. Nothing will be the same again, and in the context of a global economy, some experts point the need of a structure of world economic government; to take decision countervailing economic the frequent and big turmoils. That may be one of the big challenges of the year to come.

1. La Biblia tenía razón

Esa frase parece un epígrafe a lo Isaac Asimov, o incluso proveniente de las tendencias creacionistas. Pero como podrá verse, la *Biblia* tenía razón, en la primera referencia histórica conocida sobre ciclos: en el Génesis, se plantea la primera teoría, y la primera solución a los ciclos y las crisis, y lo que sigue es una transcripción, simplemente retocada para evitar redundancias, de un gran diálogo económico entre José y Faraón.

Mandó el Faraón llamar a José, a quien apresuradamente sacaron de la prisión donde estaba. Se cortó el pelo, se mudó de ropas y fue a ver al rey, quien le dijo:

«—He tenido un sueño y no hay quien lo interprete, y he oído decir que tú sí sabrías hacerlo... Estaba yo en la ribera del Nilo y vi salir de él siete vacas gordas y hermosas, que se pusieron a pacer en la verdura de la

orilla. Al poco tiempo, detrás de ellas subieron otras siete vacas, feas y flacas, que se comieron a las siete primeras. Luego, vi cómo de un mismo tallo salieron siete espigas granadas y hermosas, para a continuación surgir otras siete espigas malas, secas y quemadas por el viento solano, que devoraron a las siete primeras. Se lo he contado a todos los adivinos, y ninguno ha sabido explicarme.

»—El sueño, Faraón —contestó José— es uno solo, Dios te ha dado a conocer lo que va a hacer: las siete vacas hermosas, y las siete espigas hermosas, son siete años de abundancia. Y las siete vacas flacas y las siete espigas secas y quemadas del viento solano, son los siete años de hambre que seguirán a los siete de abundancia. Por tanto, Faraón, es preciso que hombres a tus órdenes visiten la tierra de todo Egipto y guarden un quinto de la cosecha de los años de la abundancia; poniéndolo a tu disposición, para mantener las ciudades durante los siete años de hambre que han de venir».

Parecieron muy bien estas palabras al Faraón, quien se dirigió a sus cortesanos con estas palabras:

«—Podríamos por ventura encontrar un hombre como éste?

»—José, como Dios te ha dado a conocer tales cosas, y no hay persona tan sabia como tú, serás tú mismo quien se haga cargo de las tareas que has mencionado».

Los ciclos de siete años de abundancia, seguidos de otros tantos de escasez fueron una buena exposición —hace por lo menos 3.000 años— de la deriva cíclica en la realidad. En la Biblia se dio una solución absolutamente racional al proceso: acumular reservas en los años de abundancia para los de escasez.

1.1. Ciclos en Schumpeter

El antecedente del *Génesis* muestra como la economía se desarrolla siguiendo ciclos, diferenciándose actualmente tres tipos distintos. Primero de todo, los de corto plazo, motivados por los cambios en la oferta y la demanda de los factores productivos y que tienen su mejor ejemplo en los dientes de sierra del devenir de la bolsa de valores o en las fluctuaciones de precios en función de circunstancias pasajeras. Los ciclos medios, por su parte, afectan a ciertas bases del propio modelo económico en la sociedad actual, cimentada en un gran consumo de energía y orientada por las expectativas de beneficio, suelen estar relacionados con el mercado energético —petrolero fundamentalmente— y con la especulación financiera.

Por último, los ciclos largos se mueven entre los que Akerman llamó *límites estructurales*, a partir de los cuales asistimos a un cambio radical que, aunque no llegue a destruir el modelo, sí que lo reestructura profundamente. Generalmente es más fácil hacer predicciones a corto plazo que a largo, porque el análisis coyuntural aporta más datos inmediatos; mientras que la predicción a largo exige la consideración de cambios estructurales de mucha mayor complejidad.

Joseph Schumpeter, en 1927, en su libro *Business Cycles*, trató de explicar cómo funcionan las alteraciones económicas, analizando las diferentes clases de fluctuaciones, distinguiendo en la región ascendente

de la curva la recuperación a partir de la fase más baja del periodo anterior, para pasar después a la expansión, seguido del auge, prolongable en una fase más o menos larga de bonanza que culmina en el *boom*. Ulteriormente, llega el punto de inflexión que se traduce en el comienzo de la desaceleración con el definitivo cambio de tendencia.

Los ciclos no pueden erradicarse por medio de leyes, ni tan siquiera por la aplicación de políticas económicas que se estimen adecuadas; aunque, ciertamente, si están bien diseñadas, contribuyen a paliar algunos de los efectos más lesivos. En definitiva, en una economía de mercado, aún en aquella que cuente con mayores mecanismos de regulación e incluso de restricciones a la competencia, los millones de decisiones de empresas y consumidores difícilmente podrán encontrarse en un equilibrio perfecto, excepto en los juegos académicos de la microeconomía y de algunos modelos econométricos.

En la historia del análisis económico, la terminología ha ido evolucionando en función de los cambios experimentados en la realidad. Incluso la gente no versada ha ido incorporando la jerga de los economistas a su lenguaje ordinario. Así, si la palabra *crisis* o el concepto de *inflación* pasó a la conversación cotidiana a partir de los años setenta del siglo XX, y hoy son los términos *recesión* y *depresión* los que ganan terreno, como había sucedido en tiempo atrás. Así, el término *recesión* no existía con anterioridad al *crack* de 1929, considerándose toda caída relevante y duradera del PIB como una *depresión*. Pero tras la segunda guerra mundial empezaron a producirse *depresiones* más cortas y menos profundas, a la vez que con mayor frecuencia, por lo que se recurrió a la *recesión*, dejando la *depresión* para situaciones de mucha gravedad y muy extendidas en el tiempo.

Para la Oficina de Estadísticas de la Unión Europea la economía entra en *recesión* al haber crecimiento negativo interanual del PIB durante dos trimestres seguidos, mientras que en los Estados Unidos se utiliza una serie más compleja de indicadores. Por su parte, pese a la aparente claridad del término, con unas connotaciones evidentes, la *depresión* no está definida de

forma taxativa y unánime, aunque se podría aceptar la propuesta del economista inglés Saul Eslake, quien considera que se entra en depresión cuando la caída del PIB sobrepasa el 10 por ciento o cuando la recesión persiste durante tres años.

Las políticas a seguir no son necesariamente las mismas frente a una recesión que frente a una depresión, por más que determinadas medidas sean coincidentes. En ambos casos se suele jugar con la masa monetaria y con los tipos de interés, pero ante una depresión, con una fuerte contracción del crédito y, en algunas ocasiones, con síntomas de deflación, es necesario también modificar el sistema fiscal, reorientar la inversión pública y estimular la demanda; todo ello con la finalidad de frenar la destrucción de empleo. Al tiempo, se necesitan reformas estructurales para atemperar exuberancia irracional (*Greenspan dixit*) que surge de la autorregulación de los mercados indebidamente considerados siempre eficientes.

1.2. La Gran Depresión de 1929/39

La sucesión de auges y caídas es, conforme a los ciclos, una característica del capitalismo desde sus orígenes o incluso mucho antes, como se plantea en el *Génesis* con las vacas gordas y flacas explicadas por José a Faraón que vimos al principio de este artículo. No obstante, los cambios parecen haberse ido acelerando conforme el modelo se hacía más complejo y se mundializaba, pues la evolución del capitalismo actual desde su nacimiento hasta bien entrado el siglo XIX presentaba una cierta estabilidad, con episodios convulsos de corta duración. Sin embargo, en 1890 se produce una primera depresión importante, que Keynes consideró en su día como la más dramática acaecida hasta entonces.

Pero la que al iniciarse con el *crack* de 1929, y que duraría hasta 1939, quedaría en la historia como *la Gran Depresión*, que comenzó con el colapso bursátil que no se supo frenar por una política contractiva del Secretario del Tesoro Andrew William Mellon con el

Presidente Hoover. Por ello, desde 1933, se pusieron en marcha políticas de demanda pública con el *New Deal* de Roosevelt, sin olvidar los métodos de recuperación económica de los totalitarismos belicistas de Hitler y Mussolini.

Pero, con todo, la Gran Depresión sólo terminó con la segunda guerra mundial, cuando todas las fuerzas productivas se pusieron al servicio del esfuerzo bélico. Y tras la guerra el primer desarme no devino en depresión por la aplicación del *Plan Marshall* y, más tarde, las políticas de *stop and go* (*freno* al calentamiento de la economía y *adelante* para no enfriarla demasiado) que mitigaron los efectos del ciclo. Pero, a partir de los setenta, las cosas empezaron a cambiar.

2. 1973: Crisis monetaria y energética

En el acelerado crecimiento experimentado en la década de 1960 y en la posición dominante de los Estados Unidos, características del auge, cabe buscar el origen de la crisis que iba a iniciarse en 1973. El orden de Bretton Woods se tambaleaba, las reservas de oro de los EEUU eran insuficientes para respaldar al dólar basado en un patrón de cambios oro/dólar en tanto que la guerra dentro del sistema monetario internacional (SMI) del FMI de Vietnam era una sangría de gasto público estéril interminable. Además, el Presidente Johnson pretendió mantener una activa política social, para crear la *Great Society*, sin reducir el gasto militar, lo que llevó a fuertes déficit fiscales. Por otro lado, las multinacionales norteamericanas seguían su expansión por otras regiones, contribuyendo a un fortísimo déficit de la balanza de pagos. Todo ello se tradujo en una salida ingente de dólares hacia el resto del mundo.

Ante ese estado de cosas, el gobierno de Nixon decidió la inconvertibilidad oro del dólar en 1971 y someter al dólar a dos devaluaciones sucesivas. Con ello, Nixon pretendía abaratar las exportaciones norteamericanas y encarecer las importaciones, para así ajustar su balanza de pagos. Pero tuvo otras dos inmediatas consecuencias: primero, el SMI pasó a depender casi

por entero de las políticas monetarias norteamericanas. Y, en segundo término, los grandes acumuladores de petro-dólares, y entre ellos sobre todo los países árabes exportadores de petróleo, vieron caer el valor real de sus reservas en dólares.

Por otro lado, en septiembre de 1973, en la asamblea del Fondo Monetario Internacional de Nairobi se llegó a la conclusión de que era necesario desacelerar la economía y frenar la fase ascendente del ciclo, para evitar mayores recalentamientos de la economía internacional, y así lograr una cierta estabilidad. Pero unas semanas después tales propósitos se vieron desbaratados por la crisis petrolífera que desencadenó la OPEP con ocasión de la Guerra del Yonkipur de 1973, uniéndose de este modo la crisis monetaria con la crisis energética. Por primera vez cabía la posibilidad de que los países industrializados no tuvieran reservas suficientes para afrontar las nuevas condiciones de mercado: la recesión y hasta la bancarrota de algunos países se visualizaron en el horizonte.

La confluencia de los factores reseñados, generó una situación extremadamente difícil: una caída importante de la actividad económica en 1974 y 1975, con una recuperación pasajera en 1976 y un nuevo declive en 1978; un incremento notable del paro entre 1974 y 1975, con la aparición de un amplio *ejército de reserva* permanente, y una elevada tasa de inflación que sólo en 1976 entró en una desaceleración; para repuntar en 1979 a causa del segundo choque petrolero, consecuencia del destronamiento del Sha de Irán y la llegada de los *ayatolabs* al poder. La situación era nueva con respecto a crisis anteriores, por cuanto la inflación era elevadísima en un proceso de claro estancamiento, es decir, lento o negativo crecimiento y sostenida elevación de precios; fenómeno pasó a ser conocido como *estanflación*.

Siendo los orígenes de crisis de los setenta tan fuertes o más que la de los treinta, sin embargo, no se vio traducido a situaciones tan dramáticas como las vividas entonces ni tan graves conflictos sociales, porque en los setenta funcionaron los *amortiguadores* del estado de bienestar, que contribuyeron a mantener la economía en un cierto nivel de actividad, sosteniendo la demanda

global. Además, se fomentó la inversión privada con toda clase de estímulos fiscales y financieros, y se mantuvo la actividad plena de los sindicatos y la negociación colectiva. Junto a estos amortiguadores institucionales, también tuvo un efecto importante la expansión de la economía sumergida, con una importante casuística según J. B. Terceiro: producción de mercancías a domicilio o en talleres clandestinos (fábricas difusoras); producción de servicios a domicilio; pluriempleo no declarado; trabajos realizados por perceptores del seguro de desempleo; actividad oculta fiscalmente de pequeños empresarios, comisionistas y trabajadores autónomos; empleo extranjero ilegal; y propinas y gratificaciones además de las partes más delictivas como economía encubierta (droga, prostitución, etc.).

Otro de los factores que más contribuyó a enfrentar la crisis con mayor éxito que en la *Gran Depresión* fue el desarrollo tecnológico, particularmente la microelectrónica, impulsado por la carrera armamentística y la competencia en un mercado internacional cada vez más activo. Así las cosas, fueron sustituyéndose brazos por máquinas y cerebros por computadoras, dejando de funcionar una de las principales proposiciones del anterior mundo keynesiano, aquella que aseguraba que la inversión siempre crea empleo. Pero no sólo se quebraba una de las máximas de la política económica, sino que, al menos a medio plazo, la innovación tecnológica estaba destruyendo aún más empleo.

3. *Reaganomics*

Las cosas cambiaron a principios de los ochenta con la llegada de Reagan a la presidencia de los EEUU, cuando frente a las políticas keynesianas de impulso a la demanda agregada, se propiciaron medidas del lado de la oferta para hacer crecer ésta, mediante la desregulación, la moderación salarial y la reducción de la presión fiscal, siguiendo las recetas teóricas de las célebres curvas de Phillips y de Laffer: no temer un fuerte aumento del paro a base de bajar los salarios reales, y aumentar los incentivos productivos a base de disminuciones importantes en el impuesto sobre la renta.

Por otra parte, siguiendo los criterios de una mayor fuerza militar, EEUU aumentó sus gastos de defensa, con programas tecnológicos de gran envergadura, como la *iniciativa de defensa estratégica* (guerra de las galaxias), forzándose así la demanda global vía grandes contratos federales para el rearme en lo que justamente se denominó *keynesianismo de derechas*. Por último, en una posición muy favorable hacia las transnacionales instaladas en los países de nueva industrialización y en PVD, se cortaron las aspiraciones proteccionistas de la industria instalada en los propios EEUU

Hacia 1983 empezó a hablarse de recuperación económica tras los dos choques petroleros, lo que propició un formidable interés por los mercados de valores; sin tener en cuenta factores muy desestabilizadores para la economía mundial como la fuerte crisis de deuda que afrontaban los PVD, así como los voluminosos déficit fiscal y comercial de los EEUU. De modo que a finales de 1985 comenzaron las dificultades; EEUU mostraba síntomas de cansancio en su proceso de crecimiento y ni Alemania ni Japón quisieron tomar el relevo como *locomotoras* económicas internacionales, prefiriendo mantener niveles de crecimiento relativamente bajos, pero con situaciones equilibradas de precios, presupuesto y balanza de pagos. Todo ello hizo que la presión sobre el dólar se acentuara y en octubre de 1987 la bolsa de Nueva York se desplomó, arrastrando consigo a los demás mercados de valores. Con la mirada puesta en la *Gran Depresión 1929-1939*, esta vez hubo inmediata reacción: se inyectó liquidez en el sistema monetario en EEUU, se entró en los mercados bursátiles con compras institucionales y se insistió en la solidez de la economía en general y en la estabilidad de la organización económica internacional.

4. Crisis de expectativas y del mercado especulativo

La turbulencia bursátil de octubre de 1987 supuso un trauma para una economía que parecía recuperarse pero también fue útil como aprendizaje. Pero cuando

en julio de 1990 las tropas iraquíes de Sadam Hussein invadieron Kuwait, los mercados de acciones, que ya estaban muy sobrevalorados se precipitaron a la baja, dentro de un movimiento global de recesión; acentuada después por la caída de las expectativas de inversión y por las políticas económicas de enfriamiento. Así la desaceleración, fue extendiéndose por todo el mundo, con las salvedades de la orilla asiática del Pacífico y algunos países iberoamericanos.

Tras la guerra de Kuwait-Irak en 1991, la economía empezó a recuperarse, primero en los Estados Unidos y más tarde en el Reino Unido, Alemania y Francia. De ese modo, los años 1992 y 1993 ya fueron expansivos, con gran aumento del comercio internacional, hasta que en el verano de 1997 estalló la crisis cambiaria asiática; que empezó en Tailandia y que tuvo serias implicaciones para Corea del Sur, Japón y China; afectando también a Rusia que en 1998 llevó una devaluación precipitada del rublo con las más negras consecuencias.

Se hizo evidente que la burbuja financiera de esos años dependía de los agentes económicos, es decir, de los *market makers*: los bancos de negocios, otras entidades financieras, así como los propios bancos centrales. No es, por tanto, de extrañar que esos grandes inversores intentaran mantener sus posiciones, llevando, en una alianza perversa, a hacer creer que la sincronización del ciclo bursátil significaba la ralentización de los desequilibrios económicos.

Pero todo ello requería de una conceptualización presentable, cuestión que se salvó con la formulación de la *nueva economía* y del *factor x*. El nombre que Alan Greenspan dio a la incógnita del crecimiento en una intervención ante el Congreso de los Estados Unidos. Ese *factor x* era el que estaba permitiendo la recuperación era un polinomio compuesto por varios elementos: disponibilidad de fuerza de trabajo barata gracias a la inmigración; insumos muy económicos por las tendencias deflacionarias; amplios movimientos mundiales de capital; y *efecto enriquecimiento*, derivado de las fuertes ganancias en los mercados bursátiles al alza.

5. La nueva economía y las TIC

De todas formas, el elemento más característico de la *nueva economía* fue el auge de las entonces llamadas *nuevas tecnologías*: sistemas electrónicos de clasificación, selección, cálculo, toma de decisiones, diseño, animación, etcétera; fabricación automatizada y robotización; producción agropecuaria revolucionada por la agroquímica, sistemas de cultivo sin laboreo, agricultura de precisión y biotecnología; mejor gestión del conocimiento; y comercio electrónico. Con gran prevalencia de las TIC de técnicas de información y comunicación.

Sin embargo, el sumatorio de esta *nueva economía* y del *factor x*, que en el fondo no iba a significar una *nueva era* en la que los ciclos económicos quedaban erradicados, y por tanto con prosperidad indefinida, pues ya a mediados del año 2000 empezó a ponerse en duda el horizonte de crecimiento indefinido; los mercados se hacían cada vez más volátiles e incontrolables y las nuevas sociedades tecnológicas, generadoras de enormes plusvalías bursátiles, no estaban capacitadas para asegurar amortizaciones y repartir beneficios, así como tampoco para mantener sus altos niveles de cotización como no fuera con un continuo ejercicio de maquillaje.

El declive resultó, pues inevitable, aunque, en un ejercicio cauteloso de terminología, la palabra *recesión* fue evitada, empleando en su lugar la de *slowdown*, desaceleración. En cualquier caso, la crisis bursátil fue especialmente dura para las nuevas compañías *puntocom* que operaban a través de Internet, lo que provocó una conmoción en el Silicon Valley, el área de máxima concentración de firmas de la información, biotecnología, telecomunicación e ingeniería de los EEUU. En definitiva, con la locomotora frenando, los nuevos valores tecnológicos sufrieron dramáticas caídas, arrastrando a otros valores y mercados.

6. El efecto Torres Gemelas y las guerras de Afganistán e Irak

En la delicada situación económica descrita llegó el *cisne negro*, en forma de ataque terrorista a las torres gemelas de Nueva York, lo que produjo como efecto psicológico la sensación de que todo iba a ir a peor, con incidencia negativa en las expectativas y la creencia de que haría una recesión seguida de una fuerte recuperación, el llamado *ciclo en V*. Pero en realidad se pasó o otra recesión de difícil relanzamiento e incluso con recaída: el llamado *ciclo W*. De nuevo los gastos militares, con la guerra de Afganistán y los preparativos para la intervención en Irak, acudieron en auxilio de la economía y, de esta forma, pudo sortearse la temida recesión en EEUU. Sin embargo, pese al esfuerzo bélico, las pautas de desaceleración y de depresión continuaron en todo el mundo, incluyendo a EEUU. Las grandes excepciones fueron China y el Sudeste asiático, que compensaron la contracción del comercio internacional con la expansión de su gigantesco mercado interno, alcanzando ratios de crecimiento de entre el 7 y el 8 por 100.

Por lo que respecta a la invasión de Irak, el gobierno de Bush estimó *a priori* un gasto máximo de 60.000 millones de dólares, lo que representaría el 0,5 por 100 del PIB de los EEUU, una cantidad que se consideraba *asumible*. Pero el economista, Nordhaus, coautor del emblemático *Economics* de Samuelson, cifró el coste en 1,2 billones si la guerra no duraba mucho, pero resultando que duró diez años, el total fue próximo a dos billones. En ninguna de las estimaciones oficiales se tuvieron en cuenta los tres efectos más importantes de un conflicto bélico: muchas inversiones se ralentizarían o se cancelarían; las familias ahorrarían más y dejarían de recurrir al endeudamiento, lo que provocaría una tendencia a la deflación y una contracción de la demanda; el liderazgo de EEUU se pondría en duda.

7. Crisis global: *credit bang* y burbujas

La masiva inyección de dinero barato a los bancos y, particularmente, a los *market makers* a consecuencia de la crisis de la nueva economía, permitió a partir del 2002 una recuperación, que comportó una codicia desmesurada por parte de los banqueros, que idearon nuevos instrumentos financieros con fuerte multiplicación del crédito (*credit bang*), lo que se conoció con el nombre de *ingeniería financiera*. Se desarrolló así el sistema de las hipotecas *subprime*, dirigidas a los llamados *ninjas* (*no income, no job, no assets*), lo que provocó graves turbulencias en un sector que, como el financiero norteamericano, que era autorregulado, muy opaco y altamente especulativo. De modo que al pincharse la burbuja inmobiliaria se precipitó también el estallido de la burbuja financiera.

El gobierno de los Estados Unidos se enfrentó a esta situación con una *política de goteo* de intervenciones en grandes entidades bancarias y agencias hipotecarias sobre las que se cernía el riesgo de quiebra. De esa forma, grandes corporaciones fueron cayendo bajo el control de la Reserva Federal y de la Secretaría del Tesoro. Pero dentro de esta política de contención se tomó la decisión de permitir la quiebra del banco de negocios Lehman Brothers en septiembre de 2008, un grave error que supuso la salida de toda clase de productos financieros *contaminados* hacia el mundo entero. Ante esta situación, en octubre del 2008 se puso en marcha el Programa de Rescate de Activos Dudosos (Plan Paulson, por el nombre del Secretario de Turismo de Bush-II), para adquirir titulaciones *tóxicas* de muy bajo valor; para inyectar de nuevo liquidez a los bancos, a la vez que eran recapitalizados. Todo ello originó una larga cadena de apoyos públicos, cuyo éxito fue poco esperable desde un principio.

Por su parte, en la Unión Europea el Banco Central, conforme a su obsesión por la estabilidad monetaria y la inflación, mantuvo durante meses altos tipos de interés (hasta julio de 2008), con lo que complicó el problema. No obstante, cuando los precios del petróleo y de las materias primas comenzaron a bajar, el BCE

decidió una concatenación de reducciones de tipos. De otra parte, al igual que estaba sucediendo en los Estados Unidos, en la Unión Europea se comenzó a realizar intervenciones *gota a gota*, nacionalizándose el banco hipotecario británico Northern Rock y dándose apoyos a grandes entidades financieras de Alemania, Francia, Bélgica, Holanda, Italia, Irlanda y España. También siguiendo el modelo norteamericano, se planteó un programa común, muy especialmente pensando en la zona del euro. Pero el proyecto sólo tuvo éxito limitado, llegando a contemplarse, en la práctica, veintisiete planes separados, lo que mostraba una de las grandes debilidades de la Unión Europea frente a la crisis: la escasa consistencia de los mecanismos de integración.

8. Cooperación internacional en la crisis. Dos conferencias de Londres: G-20 del siglo XXI y Londres de 1933

En noviembre del 2008 se celebró la Conferencia de Washington, convenida en el marco del G-20 por los EEUU, Japón, la UE, los llamados *países emergentes* y una serie de PVD, al objetivo de evitar que la recesión derivara en una depresión mundial. Las decisiones de Washington fueron desarrolladas posteriormente por un grupo de trabajo del propio G-20 y la conferencia volvió a reunirse en abril del 2009 en Londres, con reuniones periódicas ulteriormente en Pittsburgho, Londres, Seúl, Cannes, etc.

Las cuestiones negociadas en el marco del G-20 fueron de diversa naturaleza: ajustes fiscales para impulsar la demanda interna; reordenación conjunta de la política monetaria; dotación de mayores recursos al FMI hasta llegar a los 1,1 billones de dólares; reforma de las instituciones financieras internacionales, dando en los procedimientos de adopción de decisiones un mayor peso a los países emergentes; lucha contra el proteccionismo y finalización de la paralizada Ronda Doha de la Organización Mundial de Comercio; creación de un Consejo de Estabilidad Financiera Internacional con

sede en Basilea; revisión de las pautas internacionales de control de las contabilidades, prescripciones sobre quiebras, y funcionamiento de las agencias hipotecarias, en un intento de que no se repitiera la situación provocada por la burbuja inmobiliario-hipotecaria; mayores asignaciones económicas para el desarrollo de los países que estuvieran en peores situaciones; y apoyo a la conferencia de Copenhague sobre el cambio climático, a celebrar en diciembre de ese mismo año. Como conclusión, se puede decir que tanto las premisas como los resultados fueron alentadores y las conferencias funcionaron de una manera bastante satisfactoria, aunque no entraron en importantes cuestiones de la estructura monetaria internacional ni tampoco prestaron una atención suficiente a los países menos desarrollados.

Por lo demás, cabe decir que la sesión plenaria del G-20 en Londres del 2 de abril de 2009 tuvo un desarrollo mucho más positivo que la macroconferencia económica que en esa misma metrópoli comenzó el 12 de junio de 1933 y que, en lugar de solo unas pocas horas, duró nada menos que 45 días. En 1933 las naciones participantes fueron 60: todas las europeas, representando las principales de ellas a medio mundo colonial, más las jóvenes repúblicas de las Américas, Japón, la URSS, China, etc.

En aquella ocasión, se cernió sobre el encuentro una nube de escepticismos, fracasándose en el intento de superar lo que ya se configuraba como una *Gran Depresión*, iniciada con el crac de octubre de 1929 de la Bolsa de Nueva York, y que en un proceso de creciente deterioro acabaría trágicamente en la Segunda Guerra Mundial. En ese sentido, EEUU no llegó a sentir interés por la Conferencia, y el presidente Franklin D. Roosevelt no se dignó asistir a ella; inmerso como estaba en el proteccionismo, iniciado en 1930 por su predecesor el presidente Hoover, con la fuerte elevación de aranceles que comportó la tarifa Smoot Hawley.

Por otra parte, Inglaterra y sus posesiones de ultramar entraron en la misma línea ultraproteccionista a partir de 1932, al establecerse las *Preferencias Imperiales de Ottawa*, a fin de activar el comercio entre los que hoy son los socios de la *Commonwealth*. Por otro lado,

Francia introdujo contingentes para obstruir importaciones, en el intento de preservar su industria y su agricultura. Actuación que fue rápidamente imitada por todos los países del mundo, entre ellos España, creándose de esa manera las condiciones del más fuerte bilateralismo, con el consiguiente colapso del comercio mundial. Mientras tanto, Alemania e Italia avanzaron en la consolidación del nacionalsocialismo y el fascismo, respectivamente, en una vía autárquica premonitória de la guerra. Y de la URSS ¿qué decir?: que sus dirigentes se frotaban las manos, pensando que el capitalismo podía tocar a su fin.

En definitiva, en la Conferencia de Londres de 2009, las premisas y los resultados fueron, *prima facie*, mucho más alentadores que los de 1933, con pautas para evitar los grandes errores de la década de 1930 en términos de proteccionismo.

9. La segunda fase de la crisis de 2007

Con las actuaciones nacionales y de cooperación internacional que acabamos de ver, los bancos no se hundieron; se impidió el colapso financiero, que habría sido una catástrofe, como sucedió entre 1929 y 1933. Pero con ello, en manera alguna se resolvió la gravedad del problema, por la falta de transparencia del propio sistema en todos sus segmentos, lo que tuvo como consecuencia que los recursos de refinanciación para volver a un cierto equilibrio fueran vertiéndose en una especie de *pozo sin fondo*.

Esa crisis financiera provocó la falta de liquidez y pronto contagió a la economía real, con la rápida desaceleración de toda clase de actividades productivas, y con la inevitable consecuencia de un veloz aumento del paro; excepto en países que no habían cometido grandes pecados inmobiliarios, como Alemania, Holanda, Austria, Dinamarca y pocos más en Europa. Y lo más impactante de tal situación fue que por la caída de ingresos fiscales, la necesidad de proveer de medios a los servicios públicos y al estado de bienestar (educación,

sanidad, pensiones, prestaciones de desempleo, etc.) hubo que recurrir a la *hacienda extraordinaria*; esto es, a la emisión de deuda, en un proceso que en gran número de Estados se convirtió en una auténtica *bola de nieve*: dejó de conjugarse el verbo *amortizar*, convirtiéndose en lo más normal seguir emitiendo deuda para pagar intereses y aplazar reembolsos netos.

El resultado de todo eso, con una serie de aditamentos, es la *crisis de la deuda soberana*, que en el caso de Europa se complicó de manera extraordinaria en la Eurozona, el espacio de 17 países de la UE adheridos a la moneda común; en los que se ha puesto a prueba la propia perpetuación de la unión monetaria.

En esa dirección, junto al vicio de emitir deuda sin cesar, surgió la dictadura (que no virtud) de los mercados de capitales; con sus sistemas de *rating* de solvencia de las entidades emisoras y los mecanismos de *prima de riesgo* para cada emisión. Llegándose a crear de ese modo verdaderas situaciones de pánico, con previsibles bancarrotas estatales en los casos de los países peor preparados, y que cometieron toda clase de excesos, incurriendo incluso en falacias sobre sus cuentas públicas. Esos países –Grecia, Irlanda y Portugal– hubieron de ser rescatados por el Fondo creado *ad hoc* por la Eurozona.

Con la particularidad de que si bien en los casos de Italia y España se alcanzaron indicadores de riesgo peores en algún momento que en los tres países rescatados, sin embargo no hubo rescate (*bail-out*). ¿Y por qué no? Sencillamente, porque el Fondo Europeo de Rescate no contaba con recursos suficientes para hacerse cargo de endeudamientos de la dimensión de los de España e Italia. Y para resolver *la papeleta*, se inventaron mecanismos de compras masivas de bonos por el BCE (siempre en los mercados secundarios) así como otros métodos de refinanciación que se explican en el libro.

En definitiva, podría decirse que en la Eurozona se vivió entre 2008 y 2010 una nueva enfermedad: la *deuda-adicción*, una patología muy similar a la del drogadicto que necesita más y más medios para mantenerse en su ingesta de drogas y no entrar en una crisis definitiva. Y en el caso que nos ocupa, ante esa even-

tualidad supercrítica la *receta médica* de los organismos internacionales (FMI, OCDE, UE, BCE, etc.), para evitar quiebras desordenadas, es la *austeridad*, a fin de frenar el *taxímetro* del endeudamiento; a base de sanear las cuentas públicas con recortes de gasto y subidas de impuestos, e introduciendo reformas para reactivar el sector privado, y conseguir así (D. m., podría decirse) impulsar de nuevo el crecimiento y la recuperación del empleo.

10. ¿Un gobierno mundial para la economía?

Lo que hemos ido viendo hasta aquí, en el examen dialéctico de la crisis y su tratamiento desde diferentes puntos de vista –EEUU, UE, países emergentes, tendencias de globalización en las Conferencias de Washington y Londres, etc.–, nos permite llegar a la conclusión de que contra las grandes turbulencias, en la búsqueda de soluciones, la única salida en un cierto plazo no será otra cosa que algo muy parecido a un *gobierno económico mundial*.

Obviamente, no en el sentido de una Administración que atienda casuística y exhaustivamente todos los temas, porque eso sería una absoluta necedad. Y mucho menos aún se trataría de un ejecutivo sesionando los viernes por la mañana, para anunciar al día siguiente sus iniciativas en materias legislativas y en otras cuestiones.

El gobierno económico mundial sería otra cosa: una serie de instituciones coordinadas entre sí de forma coherente, para asegurar la estabilidad económica y financiera. De lo cual ya existen importantes precedentes funcionando al día de hoy, como el FMI, el Banco Mundial, la OMC, etc. Sin olvidar el G-7 que se arrogó funciones de directorio económico mundial pero con toda clase de ineficacias e ineficiencias y que finalmente en 2009 *transfirió* al G-20. En ese sentido, debe recordarse la propuesta Merkel, de un Consejo Económico Mundial.

El caso es que las entidades antes citadas constituyen ya el cuerpo del que podrá nacer el gobierno mun-

dial a que estamos refiriéndonos. Como pioneramente se planteó en el ensayo de la Sociedad de las Naciones (SDN), promovida en 1919 por el aliento pacifista del presidente Wilson, para a la postre acabar en el fracaso. Y como volvió a intentarse con las Naciones Unidas en 1945, fundamentalmente por la iniciativa del presidente Roosevelt, y ya con mayor éxito que la SDN, por lejos que la ONU esté de la perfección.

Efectivamente, las Naciones Unidas, con todo el potencial de sus organismos, constituyen un mayor paso de cara al gobierno mundial, en la esperanza de que no tenga que llegar la Tercera Guerra Mundial para alcanzar esa meta. En esa dirección, la crisis iniciada en 2007 es lo suficientemente fuerte y globalizada como para que a su socaire vayan surgiendo los instrumentos más adecuados para entender mejor la globalidad, así como la necesidad de actuar conjuntamente frente a muchos de sus problemas, inicialmente en el foro del G-20; y con la particularidad de que dentro de ese esquema, tendrá gran importancia lo que suceda en las relaciones EEUU y China, dos países a los que ya se conocen conjuntamente como G-2, *ChinUSA* o *Chimérica*.

Referencias bibliográficas

- ABRAHAMS, P. (2002): «This is a brutal slowdown, the worst in the IT industry's history. Silicon Valley will never be the same», *Financial Times*, 30 de septiembre.
- BECKER, G. S. (2002): «What the Scandals Reveal: a Strong Economy», *Business Week*, 30 de diciembre.
- GARCÍA DE LA CRUZ, J. M. y DURÁN, G. (2011): *Sistema económico mundial*, Thomson, Madrid.
- HILL, A. (2002): «A year of scandal, public opprobrium and stiff legislation. But has corporate America truly mended its ways? Genuine reform depends on a combination of the formal rules that companies dislike and the self-regulation that they prefer – and on market forces», *Financial Times*, 30 de diciembre.
- KONDRATIEF, N. D. y GARVY, G. (1946): «Las Ondas Largas de la Economía», versión española, *Revista de Occidente*, Madrid.
- LUCE, E. (1999): «Great gifts from Basle», *Financial Times*, 7 de junio.
- THE ECONOMIST (2001): «Sweeter Basle. Proposed new rules on how much capital banks must put aside against their risk-taking are a step in the right direction», 20 de enero.
- LLORENTE, C. (2002): «Las empresas de EEUU juran sus cuentas y cede el temor a nuevos fraudes contables», *El Mundo*, 16 de agosto.
- MARINA, J. A. (2008): «Los Tulipanes», en Estilos de vida, *La Vanguardia*, 13 de diciembre.
- REQUEIJO, J.: «Las Raíces Internacionales de la Crisis del 73», *Papeles de Economía* (1).
- RIVAS, D. M. (2007): *Desarrollo sostenible y estructura económica mundial*, Cideal, Madrid.
- TAMAMES, R. y GONZÁLEZ HUERTA, B. (2010): *Estructura económica internacional*, Alianza, Madrid.
- TAMAMES, R. (2002 y 2011): «El retorno de Keynes», en *El Noticiero de las ideas*, nº 9, enero-marzo de 2002; *Para salir de la crisis global. Análisis y soluciones*, Edaf, Madrid; ¿Cuándo y cómo acabará la crisis? *Tractatus Logicus Economicus*, Ediciones Turpial, Madrid; *La crisis de la deuda soberana. España, un proyecto de país*, Ediciones Turpial, Madrid, 2012.
- TERCEIRO, J. B. (1988): *Estudio sobre el mercado de valores*, ESINEC, Madrid.
- TORRERO MAÑAS, A. (2006): *Crisis financieras. Enseñanzas de cinco episodios*, Marcial Pons, Barcelona.



MEDITERRÁNEO
ECONÓMICO

22

- I. Las grandes potencias económicas mundiales
- II. Transformaciones estructurales en la economía mundial
- III. Cooperación económica internacional
- IV. La imparable integración económica a escala regional